

La organización San Egidio y la paz internacional

POR GASTÓN SOKOLOWICZ

ALLÁ POR 1968, un joven estudiante italiano, como tantos llenos de ímpetu e ilusión por tratar de ayudar a los demás, fundó una comunidad laica para ayudar, a través de ella, a sus conciudadanos que sufrían como consecuencia de la pobreza.

Le puso el nombre de “San Egidio”, porque ese era el que tenía la iglesia católica emplazada en el colorido barrio de la vieja Roma al que se conoce como el “Trastevere”, donde sus integrantes se reunían, sin soñar seguramente hacia donde se habría de dirigir el futuro de la organización que estaban formando. El Vaticano la reconoció, aunque solo algunos años después, en 1986.

A poco de andar y de comenzar a auxiliar material y espiritualmente a los pobres en su propio país, Italia, la tarea de “San Egidio” comenzó a virar rápidamente en dirección hacia la prestación de ayuda humanitaria. Cuando estaba ya trabajando en esa línea, su fundador, Andrea Riccardi se convenció, con absoluta razón, de que la guerra y la violencia son dos de las causas más graves de la pobreza que se siembra en todo el mundo.

Con esa idea en mente, paso a paso, la organización comenzó lentamente a incursionar –discretamente- siempre desde el plano privado, en el marco de la diplomacia activa, concentrándose en aquellas cuestiones que tienen que ver con la paz y seguridad internacionales.

Pocos años después, en 1992, después de conducir arduas negociaciones que se desarrollaron por más de dos años, “San Egidio” logró su primer éxito internacional resonante, al posibilitar que el gobierno del FRELIMO y la guerrilla de la RENAMO, que estaban empeñadas en una guerra civil en Mozambique suscribieran -sorpresivamente para muchos- un acuerdo de paz integral.

Dos años después la organización obtiene un nuevo éxito, esta vez en Argelia. Y comienza a ser simpáticamente denominada, por algunos, como “las Naciones Unidas del Trastevere”.

En 1996, de la mano de las Naciones Unidas, interviene activamente en el exitoso proceso de pacificación de Guatemala, que felizmente pusiera fin a más de 35 años de una cruenta guerra civil que asolara a ese país centroamericano.

Su labor diplomática pacificadora no se ha detenido desde entonces. “San Egidio” ha tenido participación decisiva en episodios de liberación de prisioneros y secuestrados en Colombia. También en la estructuración de elecciones libres, en 1997, en un país europeo mayoritariamente musulmán: Albania.

Hoy “San Egidio” se ha expandido por el mundo y cuenta con unos 50.000 hombres y mujeres que trabajan desinteresadamente para ella, o con ella, en nada menos que 72 países diferentes. Sus esfuerzos en pro de la paz ahora comprenden conflictos sumamente complejos, como los de Pakistán e Irak, dos de los escenarios de la peor violencia que conoce el mundo actual.

Asimismo, realizan tareas de emergencia humanitaria en cuatro continentes: en Africa (Burkina Faso, Guinea Bissau, Kenya, Malawi, Mozambique, Madagascar, la República Democrática del Congo, Sudán y Uganda), América (El Salvador y Guatemala), Asia (Afganistán, India e Indonesia) y Europa (Albania, Kosovo)

Además, se ha puesto en marcha un nuevo proyecto por la Comunidad de San Egidio en América Latina, en cooperación con la provincia de Roma, llamado “Yo también quiero estudiar”, con el objetivo de integrar a niños pobres en el sistema educativo. Trabajando en once países, a través de voluntarios locales en las llamadas Escuelas de la Paz, buscan que los niños pobres, desplazados por su situación social, se inserten en el sistema educativo de cada país. En los casos que no sean posibles, existen estructuras de San Egidio donde reciben enseñanza por parte de voluntarios

En Argentina específicamente, se ha servido almuerzos a unas 800 personas necesitadas en cuatro parroquias porteñas la pasada Navidad, en el marco de los tradicionales almuerzos navideños que organiza la Comunidad de San Egidio desde 1996. Lo cierto es que “La solidaridad con los pobres” es un pilar fundamental de esta comunidad internacional, como dice su lema: La “Iglesia de todos y especialmente de los pobres” (Juan XXIII).

Para el mencionado Riccardi, que acaba de publicar un interesante libro titulado: “La Paz Preventiva”, lo importante es encontrar en cada caso las razones para unir o acercar a quienes están enfrentados, mostrando así las posibilidades de un camino común, que haga posible la reconciliación de todos.

Su reconocida imparcialidad e independencia (hasta de la propia Santa Sede), sumada a su proverbial dosis de paciencia y constancia en el esfuerzo, son ventajas que eliminan las desconfianzas que, a veces, dificultan las tareas de otros.

La intensa labor por la paz del mundo que realiza la organización “San Egidio” no solo es notable, sino que reivindica las posibilidades reales que muchas veces tienen de los particulares en el escenario internacional, que no deben desaprovecharse.

Ocurre que los caminos hacia la paz son siempre múltiples y diversos. Los actores, queda visto, también. Sin perjuicio de la vía multilateral, que está siempre disponible, las circunstancias pueden habilitar esfuerzos de otros tipos, como los que son bien conocidos y provienen de un formidable país, como Noruega, que está dedicado a tratar de ayudar significativamente cada vez que puede, en dirección a la paz, o como los organizaciones como “San Egidio”, que silenciosamente hacen una labor a veces irremplazable, que todos debemos aplaudir.